

ganar posiciones importantes en el espectro de las organizaciones políticas del estudiantado. Pero esto también puede circunscribirse a un período. Por esos tiempos asimismo la pauperización presupuestaria había empezado a sumir a los asalariados universitarios en un estado de miseria grave, afín al de toda la docencia argentina. Esto fue contestado con huelgas varias y prolongadas, cuya ejecución puso en evidencia la disgregación del cuerpo docente, jaqueado por la historia pasada y la falta de perspectivas futuras. Los profesores aparecíamos aislados, como enemigos de los estudiantes, como enemigos de la universidad, sin poder configurar una fuerza real en condiciones de exigir y obtener mejoras a nuestras demandas. También las huelgas de los no docentes contribuyeron al panorama general de deterioro. La política de lo universitario parecía reducirse al mero disgusto por la falta de presupuesto, planeada desde el gobierno central y ligada a un plan económico general. Fue entonces, en el 88 y en el 89 donde empezaron tímidamente las discusiones en torno al aprovechamiento de recursos humanos y materiales de este espacio público que es la universidad. La matrícula había sufrido una expansión explosiva y hubo que instrumentar tres turnos de dictados de clases para dar abasto a la demanda. Pero los recursos materiales habían permanecido iguales o habían disminuido. Así que también el ingreso, comenzó a ser puesto en cuestión. Era muy difícil sostener una posición aparte de las consignas reivindicatorias de las agrupaciones políticas, cuyo proyecto no se discriminaba —ni se discrimina— del proyecto de los partidos rectores. En cierto modo se reproducía la opción falsa entre lo estatal y lo privado, que había comenzado a dominar la escena nacional. El cruce de justificativos falsos y explicaciones falaces ponía marco a la situación: de un lado los docentes explicaban su poco apego al trabajo, su desfallecimiento, los bajos salarios. Esto es indiscutible. Pero este argumento fue también usado para sostener la mediocridad. De otro lado el estado se sacudía (y aún lo hace) la responsabilidad de financiar la universidad dignamente, pagando bien a los profesores, con el argumento de que los profesores carecían de apego al trabajo. Como siempre, las explicaciones generales, si bien son ciertas no dan cuenta de lo particular. En esos avatares transcurrieron las dos hiperinflaciones, sobrevino el desinterés oficial por el destino de las universidades librando a cada una a su suerte y a su capacidad de administrarse. Muchos profesores desertaron en masa. Muchos estudiantes también. Más tarde y hasta el presente, la población estudiantil se repartió en las expresiones políticas análogas al bipartidismo nacional, con algunas excepciones aisladas. Del lado de los docentes se refrendó esta distribución, apostándose mayoritariamente a una gestión radical por un segundo período que es el vigente actualmente. Las prácticas democráticas van construyendo lentamente su

tradición en los claustros, aun cuando la crisis de representatividad también nos atraviesa. Pero apostamos a esas formas mientras se generan otras para participar en la marcha de la sociedad. Hoy la Universidad Nacional de Córdoba está arancelada, tomando una delantera discutida en el país. (Hay una sola unidad académica que no paga la contribución estudiantil.) El actual gobierno de la UNC tiene planes de reestructuración y mejoramiento del ámbito académico, algunos ya en ejecución. Tiene planes para una universidad «de la nación». Claro que existen varios modelos de nación. El discurso oficial es ejecutivo, un tanto pragmático, por momentos liberal, pero sobre todo optimista. El rector de la Universidad de Córdoba es un sociólogo. Esto da ciertas esperanzas a las Ciencias Sociales, prostradas desde el último golpe militar. Creo pertinente echar un vistazo al saber sobre lo social desde el ámbito universitario.

Tras el derrumbe del país a manos de la dictadura militar se derrumbó consiguientemente el cuerpo de las ciencias sociales y humanas, y a partir del retorno democrático, recomenzó una preocupación por pensar la sociedad, necesitada de una producción teórica renovada, y de científicos que produjeran interpretaciones válidas y pertinentes al momento y al estado del cuerpo social. Hay que recordar que cuando se clausuró la Escuela de Sociología, se levantó una tapia en el aula donde funcionaban las clases. Así desapareció la sociología como disciplina universitaria, y aún hoy la escuela no ha sido reabierta. El símbolo de la tapia se proyectó no sólo sobre la Sociología como ciencia particular sino que además fue emblema del borramiento de todo pensamiento y formación en lo humano y social en general. Se puede decir actualmente que las ciencias sociales no ofrecen un panorama de reconstrucción, si bien se notan impulsos concretos en áreas diversas, como por ejemplo la puesta en marcha de maestrías en disciplinas como la Sociosemiótica o las Relaciones Internacionales. Para poder dar una idea de la distribución de la actividad en torno a las distintas disciplinas, remito a los cuadros ilustrativos del apéndice, sobre los centros de investigaciones en ciencias sociales que se crearon a partir de la recuperación democrática (ver apéndice).

## **Del discurso desregulado a la palabra ética**

Mi retorno a la universidad no fue una experiencia de alegría. Más bien estuvo rodeada de desconfianza, de miedo, de cierto pesimismo. No conocía a la mayoría de los profesores de mi generación. A los viejos los conocía demasiado bien y me había dispuesto a convivir con todos, acatando las reglas del juego del pluralismo democrático. Era como salir de una

convalecencia larga y aprender de nuevo las cosas primarias de las relaciones entre colegas, con los alumnos, con los no docentes. Las perforaciones de la trama social se traducían, en la universidad, en la exacerbación de las rivalidades, en la lucha casi despiadada por ascender posiciones, en la apuesta individual.

Vista como estructura institucional la Universidad Nacional de Córdoba de hoy parece estar reorganizada, ordenada, orientada en una planificación. En su práctica académica se puede decir que el pragmatismo es moneda corriente en los claustros. Y la actividad en las cátedras transcurre en aislamiento monológico. Muchas se aferran a antiguos puntos de vista escolásticos y escolares, apostando a la erudición más que a la interconexión. Otras tantas exacerban la experticia orientada a la demanda del mercado. La caída de las cosmogonías ha servido de excusa para cerrar los ojos a las partes desagradables de la sociedad: pobreza, hambre, analfabetismo, desamparo, desigualdades, iniquidades, que parecen ser del orden de la fatalidad. Un cierto cinismo funda las posiciones individuales. Pero esa tendencia general no da cuenta de las peculiaridades, del ámbito de lo particular donde se gesta un pensamiento más justo. Desde donde se piensa por ejemplo el lugar de la mujer, dentro y fuera de la universidad. El lugar de las ideas para poder construir una sociedad más equitativa. Allí es donde me he encontrado con otros con los que ejercito mi reflexión actual y contemporánea. Como universitaria de una generación intermedia, sujeto de una historia contradictoria, oximorónica, que ha de ser compartida. Como sujeto pensante ocupando un lugar en el discurso intelectual, y también un lugar de autoridad que se registra tanto en el orden de la jerarquía institucional como en la ejecución aquellas prácticas que traspasan lo individual y que están involucradas en la ética de la transmisión y trascendencia hacia otros sujetos particulares. Y esa manera de estar en el mundo en general y en el mundo universitario en particular me demanda desde mi lugar sostener una consistencia de palabra y acto, frente al discurso desregulado de la preeminencia de lo materialmente útil, de lo rentable, que pone en retroceso otros discursos. He tenido varias agradables sorpresas. El denostado crecimiento de la matrícula en carreras humanísticas (cine, teatro, comunicación) marca también una tendencia, una intención. Comprobé que los jóvenes, al menos aquellos estudiantes de la carrera de Letras, no son por lo general ni indiferentes, ni escépticos, ni desinteresados, ni hedonistas, como reza el prejuicio y el estereotipo. Son diferentes.

Mi apuesta contemporánea a la operación diría deconstructiva de las certezas previas, tanto de la cosmogonía social como de las categorías de las disciplinas literarias me pone ciertamente a prueba frente a mis pares y

mis alumnos. Entonces sostener la reflexión y una producción sobre la cultura y la literatura hace objeto en mi discurrir. Sostener la búsqueda de una verdad entre otras, con el oído afinado y atento a la polifonía social. Y así liberar la mirada de las rejas del prejuicio.

Agradezco la información generosa que me proporcionaron Humberto Alagia, Mario Bomheker, Carlota Carriazo, Gloria Edelstein, Ana Falú, Patricia Morey, Víctor Rodríguez, Carolina Scotto, Gustavo Veneciano, Marcela Zadoff.

**Susana Romano Sued**

